

RESEÑAS

LARRAZ ANDÍA, Pablo y SÁEZ ALBÉNIZ ARREGUI, Pilar (ed.), **Las Últimas Cartas del Requeté. Correspondencia de guerra de Mateo Arbeloa y Josefina Muru (1936-1939)**, Córdoba: Editorial Almuzara, 2024, 425 p., ISBN: 9788410524569.

La interesante narrativa epistolar del Requeté durante la Guerra Civil ya había sido abordada en el libro *Cartas de un requeté del Tercio del Rey. José María Erdozáin* (quien falleció en combate, en el frente de Sigüenza, el 14 de octubre de 1936), obra de Ricardo Ollaquindía, y publicado en 1997 por la editorial *Actas*, dentro de la colección Luis Hernando de Larramendi.

Así mismo, en el año 2005, la revista *Príncipe de Viana*, en su número 235, recogía un artículo que, con una introducción y notas de Ángel García Marcotegui, llevaba por título: “Cartas de dos hermanos navarros requetés en 1937: Luis y José Cemboráin Mainz”. José, requeté del “Tercio Nuestra Señora del Camino”, falleció el 2 de abril de 1937, durante la ofensiva para romper las líneas defensivas vizcaínas por el sector de Ochandiano, en el frente de Escoriaza (Guipúzcoa). Su hermano, Luis, sirvió en el Hospital de campaña de Somosierra hasta que fue licenciado en mayo de 1939. Finalizada la guerra, moriría de peritonitis, a los 36 años de edad, el 16 de agosto de 1943.

Ahora, Pablo Larraz Andía y Pilar Sáez de Albéniz nos presentan una obra excepcional: *Las Últimas Cartas del Requeté. Correspondencia de guerra de Mateo Arbeloa y Josefina Muru (1936-1937)*. El libro ha sido pu-

blicado por Almuzara, editorial que ya ha sacado a la luz otros títulos de temática carlista, como *En el Requeté de Olite* (2016), de Mikel Azurmendi Intxausti; y también *Diario de un médico argentino en la guerra de España. Héctor Colmegna* (2019). Libro que trata sobre las experiencias de un doctor voluntario enrolado en las Brigadas Navarras del Requeté. Con una expresa gratitud del autor, en la portada del libro, a los caídos que morían invocando el nombre de Dios, con la visión clara de una patria grande y próspera en un futuro cercano.

Las Últimas Cartas del Requeté es un libro primorosamente cuidado en cuanto a su presentación y en él, los editores han incluido casi un centenar de fotografías –muchas de ellas inéditas– de alta calidad, además de dibujos, mapas, planos, croquis y algunos dibujos que hacían los requetés en el frente, esperando el momento de la lucha. La relación epistolar entre Josefina Muru y Mateo Arbeloa durante los nueve primeros meses de la Guerra Civil, rompe tópicos y estereotipos sobre los carlistas como personas fanatizadas por la religión y nos desvela la verdadera realidad de las esencias del carlismo. Personas profundamente religiosas, tolerantes y comprometidas con la Doctrina Social de la Iglesia, basada en el

amor al prójimo y en la defensa de la familia como núcleo esencial y dinamizador de la sociedad para el bien común de todos cuantos la conforman.

Por todo ello, el libro *Las Últimas Cartas del Requeté* está destinado a ser una obra imprescindible de consulta para conocer no solo de primera mano los ideales, aspiraciones, profunda religiosidad y modo de vida de los carlistas y especialmente de los navarros (que representaban una amplia mayoría en el espectro ideológico-político en la Comunidad Foral antes de la guerra), sino también el fundamental –y prácticamente ignorado por la mayoría de historiadores y por la bibliografía especializada– papel que desempeñaron los Tercios de Requetés en transcendentales batallas y, por supuesto, en el desenlace de la Guerra Civil.

Mateo Arbeloa y Josefina Muru conformaban un joven matrimonio (se habían casado el 25 de agosto de 1934) de la localidad navarra de Mañeru cuando estalló la Guerra Civil, el 17 de julio de 1936. Su hijo, Víctor Manuel Arbeloa Muru (autor de la presentación del libro y así mismo de “Once cartas de mi padre desde el frente, 1936-1937”, artículo publicado en 2002 en la revista *Aportes*), había nacido tan solo unos meses antes, el 1 de enero de 1936.

Sobre la esencia carlista del pueblo natal de los protagonistas de este libro, los autores nos recuerdan que Mañeru, junto con Artajona, Lumbier y Mendigorria eran algunos de los más importantes bastiones del carlismo en Navarra y que por tal motivo, el marqués de

Cerralbo había visitado la localidad en 1891 durante un viaje propagandístico por tierras navarras. Y en 1918 haría lo propio Beatriz de Borbón, la hija de Carlos VII y Doña Margarita. Así mismo, el 26 de mayo de 1912, Mañeru había inaugurado su flamante Círculo Carlista, en consonancia con los otros muchos que en aquellos años se abrieron en otras localidades navarras y en la vecina y hermana Aragón.

En este humilde ambiente rural, a la vez que de recias y hondas raíces católicas, marcadas por la caridad y el amor al prójimo, Josefina Muru (que contaba con tan solo 25 años cuando comenzó la guerra) pertenecía a la “Asociación de Margaritas” de Mañeru, cuya finalidad principal era la de socorrer a las familias necesitadas y proveer a los niños de la instrucción religiosa que les había sido arrebatada en las escuelas por las autoridades republicanas.

Por su parte, el esposo de Josefina, Mateo Arbeloa Egües, tenía 26 años cuando el 18 de julio de 1936, junto a los otros 189 voluntarios de Mañeru (una cifra espectacularmente alta, para una localidad que contaba entonces con 900 habitantes), partió hacia Pamplona para alistarse en los Tercios del Requeté de Navarra. El 25, integrado en la columna Doñabeitia, partía definitivamente a Guipúzcoa y el 1 de agosto, enviaría su primera misiva a Josefina. Comenzaba así un intercambio epistolar de un centenar de cartas entre Josefina Muru y Mateo Arbeloa, que celosamente guardadas por su hijo Víctor Manuel, salen ahora a la luz,

conformando un florilegio acrisolado de historias que, como piezas de un puzle, nos proporcionan una visión de conjunto (desde los sentimientos más íntimos, el amor, la vida cotidiana en el frente y en la retaguardia, los grandes acontecimientos y la vida familiar) de una historia real, vivida a ras de suelo, de lo que fue la Guerra Civil española.

El matrimonio Arbeloa Muru comenzaba sus misivas con palabras cariñosas: “Mi esposico del alma”, le escribía en una de sus cartas Josefina a su marido, mientras que Mateo las comenzaba, igualmente, con palabras de ternura: “Consuelico mío, mi amor, guapica”. Las cartas que llegaban desde el frente, Mateo las encabezaba con proclamas de lealtad carlista: “Viva el Abuelo” (en referencia a Alfonso Carlos de Borbón), “Viva España Tradicional” o “Viva Cristo Rey”, siendo ésta una festividad variable (se celebra en domingo, entre los días 20 y 26 de noviembre), al igual que la del Sagrado Corazón de Jesús, de hondo significado para los carlistas, pues conmemora el reinado de Jesucristo como el Rey del Universo. La festividad fue instituida por el Papa Pío XI en 1925, como respuesta a una creciente secularización en la sociedad mundial. De ahí que la festividad de Cristo Rey fuera y sea tan relevante para los carlistas, de tradición y corazón.

Y mientras que Josefina le va contando a Mateo cómo va creciendo su hijo Manuelo (cariñosamente para referirse a Víctor Manuel) y le envía fotos para que vea “lo majico que está”, o le describe cómo se van realizando las tareas del

campo propias para esa época del año, Mateo también le va contando su día a día en las trincheras, a escasos metros de las posiciones enemigas. Tan cerca unos de otros que, ambos bandos (el nacional y el republicano), utilizaron en numerosas ocasiones los parapetos como púlpitos “para entablar controversias”, cada cual defendiendo sus postulados e ideología. Y a veces hasta se confraternizaba, como ocurrió el día de Nochebuena de 1936, en que los requetés del “Tercio de Lácar” y los milicianos leales a la República intercambiaron prensa, bebieron de la misma bota el buen *vinillo de Navarra* y hasta se fotografiaron amigablemente juntos en la posición del Monte Kalamua. Este encuentro fue recogido por el periódico republicano “La Lucha de Clases”, en su edición del 28 de diciembre de 1936.

Y es que la Guerra Civil española, como toda cruel guerra fratricida, tuvo dos caras, como el dios romano Jano bifronte: una de ellas fue la terrible realidad de los combates —en los momentos decisivos, cuerpo a cuerpo— con decenas de miles de muertos y heridos por las balas y la metralla. La otra, no menos real, era que aquellos que luchaban a muerte entre sí, hablaban el mismo idioma, provenían de los mismos estratos sociales y, en muchas ocasiones, se conocían o eran de las mismas poblaciones.

Mateo también le va contando a su esposa cómo la vida en las trincheras hace que la ropa se les vaya llenando, a él y a sus compañeros, de *cherris* (palabra que viene del vasco: *txerri*, con el significado de cerdo), es decir, de pio-

jos. Y cómo para pasar las largas horas de guardia, juegan al *Ilustrau* (una variante del mus), o entrenan a ponerse caretas contra los gases asfixiantes (por si les hiciera falta). También le detalla el anhelo que todos los requetés tienen por la conquista de Bilbao y porque los nacionales entren vencedores en Madrid. Eso sí, no hay referencias a Franco, pues cuando los requetés entraron en la guerra, lo hicieron acatando las órdenes de los generales Emilio Mola y Miguel Cabanellas, jefe de la Junta de Defensa Nacional hasta el 30 de septiembre de 1936.

Pero a pesar de las fatigas, Mateo —que distinguido por su valor en sucesivos hitos de su periplo en el frente norte recibió de la superioridad militar los galones de sargento— siempre que tenía tiempo rezaba, se encomendaba a San Francisco Javier (patrón de Navarra) y a la Inmaculada Concepción y asistía todos los días a misa, la cual era oficiada por el Capellán del “Tercio Navarra”, Andrés Algarra. Llegado el momento de la Consagración, se tocaba la Marcha Real y el Oriamendi al final, al son del laúd y la guitarra. Y es que los capellanes de los Tercios de Requetés demostraron una gran valentía aún en las situaciones más peligrosas. Tal fue el caso del Padre Ángel Marticorena y Recalde, del Tercio de San Ignacio, que el 2 de abril de 1937 murió, alcanzado por una bala en la cabeza, mientras asistía en el frente a sus boinas rojas.

En los nueve meses de guerra que vivió Mateo, apenas si pudo disfrutar de dos permisos de unos pocos días

para visitar a su esposa en Mañeru y reencontrarse con su hijo Víctor Manuel, recién nacido. Josefina lo echaba mucho de menos y en una de sus cartas le dice: “Si no era pa quedarte no quería que vinieses más”. Y es que la despedida era un doloroso trance, ante la tesitura de no volver a verlo con vida ya más.

Por otro lado, para complementar el siempre escaso y reiterativo rancho, acompañado de secos curruscos de pan, Josefina, siempre que podía le enviaba con algún compañero del frente que volvía de permiso, un paquete de comida y alguna botella de vino: “Te mando pa que pruebes el cuto tuyo y en la caja que te mando con Primi, vino pa que pruebes la cosecha de este año”.

Desde que Mateo saliera de Pamplona, a finales de julio de 1936 y hasta la penúltima semana de abril de 1937, estuvo destinado en Leiza, Oyarzun, San Sebastián y en el frente estable de Cestona, Elgoibar y Monte Kalamua. Las ofensivas en las que participó fueron las de Escoriaza, Ochandiano y monte Tellamendi, que sería la última.

El 20 de abril de 1937, el “Tercio Navarra”, en cuyas posiciones de avanzada se encontraba Mateo Arbeloa, lanzó un ataque para conquistar las alturas del monte Tellamendi, defendido por fuerzas mucho más numerosas republicanas del “Batallón Octubre”. Mateo fue de los primeros en llegar a la cima, pero resultó gravemente herido por una bala que le atravesó el pulmón. Evacuado al Hospital Samaniego de Vitoria, tras siete días de agonía,

acompañado por su esposa Josefina y otros familiares, falleció el 27 de abril de 1937. Su cuerpo fue trasladado a Mañeru para recibir sepultura.

No deja de ser simbólico que, el mismo día de la trágica muerte del requeté navarro Mateo Arbeloa, se hubiese conocido en el “Tercio Navarra” la noticia de que el 19 de abril (día en que Mateo escribió la última carta a su esposa Josefina, desde un caserío de Olaeta), se había publicado un decreto que unificaba al Requeté y a la Falange. Entre los requetés la noticia cae como una bomba. Su reacción es de asombro. Están desconcertados. No entienden cómo se ha podido decidir un hecho así sin contar con los hombres del frente, quienes con su sangre están salvando España.

Las Últimas Cartas del Requeté nos desvela también cómo en la Guerra Civil murieron los mejores, tal y como

recuerda Víctor Manuel Arbeloa en su poema *Aquella Navidad*. Miles de requetés murieron defendiendo sus ideales, la religión y la libertad. Con ellos murió, también, una gran parte de aquella comunidad secular de personas buenas, de sentimientos humildes y patrióticos, de recias convicciones católicas y, por ende, de universal tolerancia y entendimiento para la convivencia entre diferentes. Puede decirse, sin acrimonia, que los Requetés carlistas fueron los grandes perdedores de la victoria de la Guerra Civil, sin cuya sangre derramada no hubiera sido posible. Y que, si bien fueron y siguen siendo los grandes ignorados por la Historia, algún día no muy lejano esa misma Historia les hará justicia. Mientras tanto queda el consuelo de que, ante Dios, jamás fueron ni serán héroes anónimos.

LUIS NEGRO MARCO

SERRANO OCEJA, José Francisco, **Iglesia y poder en España. Del Vaticano II a nuestros días**, Madrid: Arzalia Ediciones, 2024, 375 p., ISBN: 9788419018533.

El pasado mes de octubre salió a la calle el último libro de José Francisco Serrano Ocea, Catedrático de Periodismo de la Universidad CEU San Pablo. Una aportación ciertamente muy interesante porque en los últimos tiempos se ha publicado bastante poco sobre la Iglesia Católica española post-conciliar, a pesar de la importancia y relevancia del tema.

Así, lo primero que debe reconocerse al autor es el ejercicio de valentía que ha realizado, ya que él no es

historiador, sino docente y periodista, pero, a pesar de ello, se ha atrevido a entrar en el campo de los historiadores de la Iglesia española. Y lo ha hecho con acierto, ya que su obra, con todas las críticas que se pueden y deben hacer, ofrece una lectura bastante amena y completa de los hechos recientes vividos por el catolicismo español. Eso sí, el subtítulo del libro, debemos adelantar, es completamente erróneo: habla “Del Vaticano II a nuestros días”, pero, ni comienza con el